

HERMANN UNGAR

LOS MUTILADOS

Traducción del alemán de
Ana María de la Fuente

Libros del Tiempo Ediciones Siruela

Desde los veinte años, Franz Polzer era empleado de banca. Todos los días, a las ocho menos cuarto de la mañana, salía hacia el despacho, nunca un minuto antes ni un minuto después. Cuando doblaba la esquina de su calle, el reloj de la torre daba tres campanadas.

En todo el tiempo que llevaba trabajando, Franz Polzer nunca cambió de empleo ni de domicilio. Se instaló en aquella casa cuando dejó los estudios y empezó a trabajar. La dueña era viuda y tenía aproximadamente su misma edad. Cuando él alquiló la habitación, ella llevaba luto por su marido, que había muerto menos de un año antes.

En sus muchos años de empleado, Franz Polzer nunca había estado en la calle a media mañana más que el domingo. Él no sabía lo que era la media mañana del día laborable, la hora en que las tiendas están abiertas y hay animación en la calle. Ni un solo día había faltado a su trabajo.

Las calles que él recorría por las mañanas presentaban el mismo aspecto todos los días. Las tiendas tenían los cierres echados. Los dependientes estaban en la puerta, esperando al dueño. Franz Polzer se cruzaba con las mismas personas todos los días: colegiales, dependientas ajadas, hombres de

cara hosca que iban rápidamente a la oficina. Él se mezclaba con ellos, los transeúntes de aquella hora del día, presuroso, indiferente e inadvertido, uno más.

A Franz Polzer le habían pronosticado que, con sus dotes de laboriosidad y perseverancia, alcanzaría un puesto relevante en su profesión. Él en ningún momento pensaba que, en realidad, las esperanzas que había depositado en su carrera no estuvieran cumpliéndose. Ya se le había olvidado la idea. Se le olvidó mientras desempeñaba las pequeñas actividades en que, desde el primer día, había dividido su tiempo. Por la mañana se levantaba, se lavaba, se vestía, ojeaba el periódico durante el desayuno y se iba al banco. Allí se sentaba a su escritorio, sobre el que se apilaban los papeles que él debía cotejar con las anotaciones hechas en los libros que había en las estanterías. Cada hoja que cotejaba tenía que marcarla con sus iniciales y archivarla en una carpeta. Alrededor de él, en el despacho y en otros despachos, había otros muchos hombres y mujeres. El olor de estos hombres y mujeres y el murmullo de su monótona actividad y de sus charlas llenaban todo el edificio. Franz Polzer era perfectamente capaz de desempeñar sus funciones. Éstas no le daban motivo para distinguirse ni ocasión de llamar la atención de los superiores hacia su persona.

Almorzaba en un pequeño restaurante situado cerca del banco. La tarde transcurría lo mismo que la mañana. Después de las seis, Franz Polzer recogía los papeles y los lápices, cerraba el cajón del escritorio y se iba a casa. La viuda le llevaba a la habitación una cena sencilla. Él se quitaba los zapatos, la chaqueta y el cuello de la camisa. Después de cenar, dedicaba una hora a leer atentamente el periódico. Después, se acostaba. Dormía mal pero casi nunca soñaba o, si acaso, soñaba que había olvidado cuáles eran sus iniciales, que todos los días repetía cien veces, o que se le había paralizado la mano, o que el lápiz no escribía.

Por la mañana, Polzer se levantaba como todos los días y empezaba su jornada igual que todas las demás. Estaba malhumorado y deprimido, pero nunca se le ocurrió pensar

que también hubiera podido hacer otras cosas que no fueran estar sentado a su escritorio del banco, que uno podía levantarse tarde, salir a pasear, desayunar dos huevos fritos en un café y almorzar en un buen restaurante.

De las interrupciones de esta monotonía, una se quedó grabada profundamente en Polzer: la muerte de su padre.

Franz Polzer nunca se sintió unido a su padre. A ello contribuyó sin duda el que su madre muriera poco después de nacer él. Quizá ella habría conseguido mitigar las diferencias. El padre era un pequeño comerciante de pueblo. El niño dormía en una habitación de la trastienda. El padre era un hombre duro, trabajador e inaccesible. Desde niño, Franz Polzer tuvo que ayudar en la tienda, lo cual apenas le dejaba tiempo para los deberes. No obstante, el padre exigía buenas notas. Cierta vez en que le llevó un suspenso, lo tuvo cuatro semanas sin cenar. Por aquel entonces, Polzer tenía diecisiete años.

Con ellos vivía una hermana del padre, viuda y sin hijos, que a la muerte de la madre de Polzer había venido para llevar la casa. Polzer tenía la vaga impresión de que la hermana de su padre había echado de casa a la madre muerta, y desde el primer momento la miró con evidente aversión. Tampoco la tía se molestaba en disimular los sentimientos que él le inspiraba. Le llamaba granuja e inútil, glotón y holgazán. Le daba de comer tan poco que él tuvo que hacer una copia de la llave de la despensa, y por la noche robaba comida en casa de su padre.

A todo ello se sumó cierta circunstancia de la que sólo con la mayor reserva podemos hablar. Polzer tenía catorce años y una ágil imaginación infantil estimulada por el odio. De las relaciones entre hombre y mujer no sabía sino que eran algo horrendo y repugnante. La idea de un cuerpo de mujer le repelía. Una vez, entró en la habitación de su tía mientras ella se lavaba. La imagen de un cuerpo ajado y sus carnes flácidas se le grabó en la memoria de modo imborrable. Una noche en la que él estaba en el oscuro corredor situado detrás de la tienda, con el armario del pan abierto,

se abrió la puerta de la habitación de la tía. Él se apretó contra la pared. Por el vano iluminado de la puerta salió su padre en camisón. Tras él apareció por un momento, como una sombra, la figura de la hermana del padre. La tía corrió el cerrojo por dentro.

El padre pasó por delante de él. Llevaba el camisón desabrochado y Polzer, aun en la oscuridad, creyó ver el velludo pecho. Durante un instante, percibió el olor a pan caliente que impregnaba al padre en la tienda. Polzer seguía sin moverse, y contuvo el aliento mucho tiempo después de que se hubiera cerrado la puerta de la habitación de su padre.

Este incidente causó en Franz Polzer impresiones trascendentales. A pesar de que él sólo había visto la sombra de la tía, se imaginó decididamente que en aquel momento su tía estaba desnuda. Desde entonces, le perseguían imágenes de escenas de depravación entre el padre y la hermana del padre. Polzer no tenía más motivo que esta única visión nocturna. Y nunca se produjo ningún hecho que confirmara claramente su idea.

A partir de entonces, Polzer pasaba casi toda la noche despierto, a la escucha. Le parecía oír chirriar puertas y pasos cautelosos en el carcomido recibidor de la vieja casa. O despertaba de un sueño ligero, convencido de que había oído un grito ahogado. Se sentía lleno de amarga repugnancia. No obstante, por las noches, la curiosidad le impulsaba a arrastrarse hasta la puerta de la tía. Nunca pudo oír más que su respiración.

El padre golpeaba a menudo a Franz Polzer, mientras la tía lo sujetaba. Cuando, por la noche, Polzer había soñado con él y sentido pánico al verle con las ropas sucias y la cara colorada y embrutecida que tenía en el sueño, detrás de la cual estaba la tía, instándole a castigarle y pegarle, al día siguiente, al enfrentarse a él, quería que volviera a pegarle. Le parecía que debía convertirlo todo en realidad, incluso su odio hacia el padre, haciendo que él le golpeará realmente con sus duros puños. Entonces sentía que ya era mayor, eso sentía, pero débil, mucho más débil que el otro.

En casa de los vecinos del primero servía una tal Milka. La muchacha llevaba una blusa escotada y entraba a menudo en la tienda. Una vez, Polzer vio que su padre agarraba a Milka del pecho. Aquella noche, Polzer dejó caer al suelo un plato. El padre le pegó y la tía le clavó los dedos en sus flacos brazos. Él no lloró, y por ello su padre le golpeó con más fuerza, y Franz Polzer se alegró.

Cuando podía, se escapaba de la tienda y paseaba por las calles del pueblo, sólo para no tener que estar en casa. Otras veces, pasaba todo el día en casa de un hombre rico apellidado Fanta, cuyo hijo estudiaba con él. Karl Fanta era su mejor amigo. Al principio, Polzer entraba en casa de los Fanta con recelo. Él sabía que los judíos habían asesinado al Salvador y que adoraban a su Dios con unos ritos tétricos y horripilantes. Él pensaba que, para un católico, entrar y salir de la casa de un judío era no sólo un pecado grave, sino también un gran peligro. Milka había servido en casa de unos judíos. Se lo había contado a la tía en la tienda. En vísperas de Pascua, se escapó de la casa. Y es que tenía miedo. Fue el gran cariño que Polzer sentía hacia Karl Fanta lo que le hizo vencer sus escrúpulos. Karl Fanta veía que Polzer era desgraciado, y muchas veces los dos se abrazaban y se besaban llorando.

Polzer no se atrevía a desahogar su pena con Karl Fanta. Había crecido en la casa pequeña y oscura, en la tienda sucia en la que, en sus horas libres, entre sacos de harina y de pimienta, barriles de pepinillos y cajas de azúcar cande, despachaba a la clientela o barría el suelo. Él se avergonzaba de la tienda. Se avergonzaba de su padre, siempre con la chaqueta sucia de harina, que se apartaba obsequiosamente cuando se cruzaba con un vecino rico, de su tía que siempre iba sin sombrero, con el cabello negro y un poco gris en las sienes, revuelto por el viento. Ni siquiera se ataba un pañuelo a la cabeza, y siempre enseñaba la raya blanca del cráneo. La madre de su amigo era una señora alta y elegante, que llevaba alhajas y trajes oscuros. Tenía la cara pálida y las facciones bien dibujadas, como su hijo, que se le parecía

mucho. También ella tenía el pelo negro, como la tía, pero lo llevaba recogido en un moño. A ella y a su hijo se les transparentaban unas venitas azules en las sienes. Lo más bonito que ella tenía, y Karl también, eran las manos, finas y blancas. El padre de Karl era un hombre corpulento que hablaba en tono mesurado, muy distinguido y muy digno. En aquella casa, delante del hermoso Karl, Polzer no podía hablar de la pequeña tienda de su padre.

Por la noche, Polzer se cepillaba el traje y se planchaba los pantalones poniéndolos debajo de unos libros. Él quería tener aspecto de estudiante de familia burguesa, y no de hijo de tendero. Escondía las manos que estaban rojas y curtidas del trabajo en la tienda, costumbre que contribuía a dar impresión de inseguridad y torpeza, y que nunca consiguió abandonar. Cuando en casa de los padres de Karl algún desconocido preguntaba en voz baja al dueño de la casa quién era Franz Polzer, éste se ponía rojo de vergüenza. Por más que disimularan la pregunta y bajaran la voz, Franz Polzer, aunque no la oyera, la captaba con un finísimo oído interior.

Lo que más deseaba él era ser de buena familia. Mucho tiempo después, aún se ponía colorado si alguien le hacía preguntas sobre su procedencia, y contestaba con evasivas. A veces mentía y decía que su padre era profesor o juez. Una vez afirmó, incluso, ser hijo de un fabricante. Pero al momento notó que su interlocutor le miraba atentamente el traje, y advirtió, avergonzado, lo modesto de su aspecto.

El padre de Karl Fanta se encargó de que Franz fuera a la universidad de la capital. Polzer iba con Karl. Él estudiaba Medicina y su amigo, Derecho. Polzer se alegró de marcharse de su casa, de perder de vista aquella tienda que le avergonzaba, de no tener que obedecer a su severo padre, de no ver la raya del pelo de la tía y de no tener que aguantar sus regaños. Un solo recuerdo se llevó de su casa, un recuerdo que siempre valoró más que nada en el mundo. El recuerdo de su madre, a la que casi no conoció. No obstante, él creía acordarse de ella, del día en que, poco antes de morir, ella

hizo que se lo llevaran a la cama, donde ella estaba con todo el pelo suelto. Ella lo abrazó y le humedeció el pelo con sus lágrimas. Este recuerdo siempre le producía un calorillo en el corazón. Él, para huir del odio de su tía, se refugiaba en el amor a su madre, el cual crecía a medida que iba en aumento la inquina hacia la tía.

La amistad entre Polzer y Karl era tan íntima como pueda serlo una relación entre dos personas jóvenes de la misma edad. Polzer se alegraba de poder vivir al lado de aquel apuesto muchacho, cuyo aplomo y buen carácter él admiraba casi tanto como la distinción de su figura. Karl siempre se mostraba amigable, y para Polzer era una necesidad adelantarse a los deseos de Karl. Él se encargaba de llevar la ropa a lavar y vigilaba que no hubiera ni la más pequeña mancha en los trajes de Karl. Karl tenía el pelo negro y sedoso. A pesar de su amistad y confianza, a veces Polzer percibía en Karl cierto desapego interior. Él ansiaba una pequeña muestra de afecto, como aquellos besos de su infancia. Pero este deseo no fue satisfecho.

En la universidad elogiaban la laboriosidad y la inteligencia de Polzer. Superó las pruebas de acceso con excelentes resultados. Entonces Karl enfermó y los médicos lo enviaron al Sur por un año. Polzer, apartado de su rico amigo, fue incapaz de seguir estudiando y tuvo que darse por satisfecho con que el padre de Karl le proporcionara un empleo en el banco.

Al poco tiempo de trabajar en el banco, Franz se había convertido en otra persona. Aquel trabajo lo anulaba todo. La regularidad, la puntualidad, la certidumbre insoslayable de cómo iba a ser el día siguiente, lo destruyeron. Franz Polzer se disolvió en una serie de actividades que le consumían el tiempo. Durante aquellos diecisiete años, casi no se relacionó con sus semejantes. Por ello, cuando tenía que hacer algo que no era lo acostumbrado, se sentía inseguro. Si debía hablar con desconocidos, no encontraba las palabras. Constantemente tenía la impresión de que la ropa que llevaba no era la adecuada, que no le sentaba bien y

que le hacía aparecer ridículo. El más pequeño cambio le agobiaba. Perseguía el máximo orden y simetría incluso en su habitación. El periódico tenía que estar todos los días en el mismo lugar de la mesa, y paralelo al canto. Le molestaba, incluso, que los cordones de las cortinas no descansaran sobre el alféizar formando un ángulo recto. Cuando los encontraba colgando, los arreglaba con gesto de mal humor.

Franz Polzer llevaba unos diez años trabajando en el banco cuando murió su padre. El entierro se celebró en domingo, por lo que no tuvo que faltar al trabajo. El sábado por la tarde salió de la ciudad en tren.

Polzer conservaba un recuerdo muy desagradable del día del entierro. A la ida no encontró asiento en el tren y tuvo que hacer todo el viaje de pie. Del insólito esfuerzo, le dolieron los pies durante varios días. Llegó de mal humor y la tía, que debía de pensar que iba a reclamar la tienda del padre, lo recibió agriamente. A pesar de que aquel día hacía un frío que cortaba la cara, la habitación estaba helada, y durante toda la noche, en su vieja cama, le martirizaron las pesadillas. Por la mañana, no tuvo desayuno. No le parecía bien ir al café, y estuvo en ayunas hasta la hora del entierro. Personas a las que casi no recordaba le daban la mano. Su tía presidía el duelo, al lado del féretro del padre. Polzer se quedó en un rincón oscuro de la habitación, como un extraño.

Cuando empezó el funeral, tuvo que colocarse al lado de la tía. Hasta aquel momento no había visto a su padre. Llevaba un traje negro que formaba arrugas en el pecho. Tenía el pelo gris y la cara pequeña y rugosa. La visión del cadáver no impresionó en absoluto a Polzer. No le conmovió más que la contemplación de un objeto extraño. No le recordaba a su padre.

En el cementerio, la tía le abrazó llorando a gritos. Polzer, con los pies hundidos en la nieve, sentía cómo la humedad le atravesaba el calzado. Sabiéndose propenso a los resfriados, se balanceaba, con aprensión, sobre uno y otro pie.

Las miradas de todos los asistentes al entierro estaban fi-

jas en Franz Polzer. El interés que despertaba lo conturbaba. El nerviosismo le hacía palpase una y otra vez los botones del pantalón, para cerciorarse de que estaban abrochados. El ademán le avergonzaba profundamente, pero no podía evitarlo. A los pocos minutos, la sensación de estar desnudo delante de la gente le obligaba imperiosamente a repetirlo.

Después del entierro, Franz Polzer dijo a su tía que él no quería ninguno de los bienes de su padre. Dinero no había. La casa estaba hipotecada. Polzer no quería ningún traje ni mueble. Ningún recuerdo.